

La mística de la rapacidad

Al terminarse la guerra mundial en 1918, un soldado turco, ya curado de sus heridas en un hospital de Londres, recibió de la enfermera que lo había atendido estas palabras de consejo: "Ahora que ha sanado usted de sus heridas y está fuerte y robusto para volver a las tareas de la paz, perdonará a sus enemigos y olvidará el mal que de ellos puede haber recibido". El otomano, sorprendido con tal admonición, repuso sencillamente: "Yo no soy cristiano".

Si meditamos desprevenidamente sobre el significado de esta frase, acaso lleguemos a encontrar el origen de la confusión a que han llegado los espíritus en el mundo civilizado y de las miserias materiales y de espíritu en que se han hundido los pueblos de Europa. El mundo culto de occidente presume de pertenecer a una civilización cristiana, y, a pesar de que en muchos rumbos de la vida actual el hombre se olvida en absoluto de la idea fundamental de su credo, todavía la enseñanza de Cristo predomina en las bases morales de la sociedad contemporánea. Quiere decirse en las "bases morales", no en la práctica diaria de la vida corriente. El hombre es cristiano por educación y por principios, pero en el curso de la vida, en la persecución de la felicidad, en el lleno de muchos deberes y en la aspiración a cumplir sobre la tierra lo que él considera su destino manifiesto, el hombre se pone a cada paso en pugna con las nociones fundamentales de la doctrina que le sirve de base a la sociedad. Se crea de tal manera una conciencia doble que trae para el civilizado un principio ineliminable de debilidad. El soldado turco de quien hablábamos tenía una conciencia sola: para mantener el dominio de su raza y propagar su religión, la fuerza, el engaño, la crueldad, el exterminio de pueblos enteros están, no solamente permitidos, sino aconsejados por la moral y el ejemplo del fundador desde hace mil trescientos años.

En cambio el cristiano que se arma para defender su patria, su familia, sus convicciones, está interiormente, y a menudo sin darse cuenta de ello, debilitado por el sentimiento de que su religión y la historia del mundo civilizado repudian el incendio de ciudades indenfensas, la persecución de seres inermes, el asesinato en masa y el odio de gentes que han cometido el error de nacer más allá de ciertas fronteras.

En el choque de los que tienen una sola fe y los que sin saberlo obedecen a dos principios distintos, el hombre elemental, el que obedece a los prístinos apetitos de la fiera lleva necesariamente la ventaja sobre sus adversarios.

La contienda actual es una confirmación de los anteriores razonamientos. El jefe, el amo de las multitudes germanas ha tenido la idea de hacer del patriotismo, del odio, del ansia de posesión, de todo género de concupiscencias una nueva religión. El carece de la inteligencia necesaria para conocer el proceso que era menester seguir para engendrar en el espíritu de su pueblo una nueva religión, pero instintivamente sus maneras, sus explosiones verbales, lo rectilíneo de su conducta, han logrado en ocho años de predicación constante crear en las masas una nueva religión del estrago. Sus oponentes, cuyo espíritu cavilaba entre la influencia contradictoria de las dos conciencias, debilitados por la práctica de acciones en pugna con sus nociones de moral y de orden, ni pudieron prepararse contra sus enemigos, ni resistirlos cuando al llegar la plenitud de los tiempos tuvieron que enfrentarse con ellos. A la religión del odio, de la destrucción y la venganza no era posible contestar con multitudes armadas a quienes se les había predicado durante veinte años, la necesidad del desarme y la fraternidad de todos los pueblos cultos.

Además, y esto es lo más doloroso y lo que inspira más serios temores acerca del porvenir de la cultura, en los pueblos civilizados de Europa y de América se está creando visiblemente una nueva religión enteramente en pugna con la base de la que han invocado hasta ahora como la única verdadera. La base de esta religión es un deseo inmoderado de poseer los bienes terrenos. Fue siempre el apetito de poseer los bienes terrenales un sentimiento natural en el hombre, pero la voluntad de tesorizar las cosas en provecho propio ha llegado a tal grado de expansión y crudeza en estas horas amargas del planeta que empieza también a asumir

caracteres de mística y de muelle impulsor de la común felicidad en las sociedades humanas.

El caso de Europa es un ejemplo en escala planetaria de gangsterismo llevado a la práctica por medio de una técnica capaz de prever todos los detalles y eliminar posibles tropiezos. La magnitud y los desarrollos de semejante empresa han sido posibles porque el gangster no tenía para contrarrestarle sino las víctimas probables. No había fuerza jurídica para detenerle, aunque existía el tribunal para juzgarle.

Nos conmueve el espectáculo de pueblos aherrojados en el pequeño espacio de ocho meses. En un mundo en que las clases menos favorecidas tienen la capacidad de leer, de comparar y sacar deducciones las concuencias de la enseñanza en grande van a ser funestas. La mística de la concupiscencia sugiere una sencilla conclusión: "puesto que la fuerza y la astucia son suficientes donde no hay una policía que refrene, vamos a ejercer la conquista en pequeño evadiendo la posible intervención de la policía".

BALDOMERO SANIN CANO

